

## NUEVA PRIMAVERA

---

### I.

En esas galerías de pinturas  
que de la Pompadour al tiempo datan,  
se suele ver la imágen de un guerrero  
que á marchar al combate se prepara  
armado de los piés á la cabeza,  
escudo al brazo y en el ristre lanza.  
Ligeros amercillos le provocan  
y el escudo y la lanza le arrebatan,  
y no obstante su esfuerzo y resistencia,  
con cadenas de flores le embarazan.  
De este modo, con mezcla de alegría  
y de dolor, combato con mis trabas,  
en tanto que otros á luchar acuden  
en pró la libertad á la batalla.

## II.

Bajo un árbol sentado  
 blanco de escarcha, estás oyendo el viento  
 á lo léjos silbar y ves las nubes  
 cubriéndose de un velo ceniciento.  
 Ves cuán muertos parecen bosque y prado,  
 qué arrasados, qué calvos: te rodea  
 el invierno, el invierno está en tí mismo  
 también y está tu corazón helado.

Tu cabeza de pronto se blanquea  
 con albos copos, é imaginas sea  
 que aquel árbol se mueve  
 y en tu frente sacude  
 su polvillo de nieve,  
 mas no tardas en ver con alegría  
 que no es polvo de nieve: son las flores  
 de primavera ricas en olores,  
 que te envuelven é inquietan á porfia.

¡Oh encanto de agradables sensaciones!  
 En Mayo se convierte el crudo invierno,  
 la nieve en flores se trasforma al punto,  
 y hasta tu corazón medio difunto  
 ama de nuevo enamorado y tierno.

## III.

Todo en el bosque reverdece y brota  
 cual bajo la emoción de una alegría

virginal é inefable. El sol, que envía  
 una amable sonrisa á la pradera,  
 desde la altura de los cielos dice:  
 «Salud, oh hermosa y jóven primavera!»

También yo, ruiseñor, oigo tu acento  
 compuesto de sollozos de dolores  
 y de notas de júbilo y contento:  
 tu canción, ruiseñor, no es más que amores.

## IV.

¡Qué llenas de consuelo,  
 qué súaves miradas  
 los ojos de la noche  
 primaveral derrama!...  
 Si de hallarte abatido  
 el amor fué la causa,  
 el amor por sí solo  
 reanimará tu llama.

Sobre el tilo se posa  
 el ruiseñor y canta,  
 y á medida que el canto  
 penetra hasta mi alma,  
 el alma toda entera  
 siento que se dilata.

## V.

Amo á una flor é ignoro á qué flor amo,  
 de cuya causa emana mi dolor;

miro en todos los cálices y en ellos  
buscando voy en vano un corazón.

Las flores diseminan sus aromas,  
el sol se pone, canta el ruiseñor,  
y un corazón hermoso como el mío,  
con tan tierna emoción buscando voy.

El ruiseñor resuena sus cantares,  
de los cuales comprendo el dulce son;  
los dos estamos ¡ay! tan oprimidos  
¡tan inquietos estamos ¡ay! los dos!...

## VI.

Mayo ha venido, las plantas  
y los árboles florecen;  
las nubes color de rosa  
cruzan la esfera celeste,  
y cantan los ruiseñores  
en la enramada silvestre,  
y bala el cordero blanco  
entre medio de los verdes  
y tiernos tallos de trébol.  
¡Ay!... mi garganta no puede  
cantar ni balar siquiera:  
yo me encuentro sobre el césped  
acostado, estoy enfermo,  
oigo un retintín alegre  
de campanillas lejanas,  
y sueño... no sé qué sueñe.

## VII.

Dulcemente, en el fondo de mi pecho,  
resuena el retintín de una graciosa  
y bella melodía. Cancioncilla  
primaveral: resuena, vuela en toda  
la extensión del espacio, vuela, vuela;  
llega hasta donde ensanchan sus corolas  
las más hermosas de las nuevas flores,  
y si ves entre aquellas una rosa,  
dile que yo de corazón le envío  
mi cortés parabien y mis memorias.

## VIII.

Hállase enamorada de la rosa  
la mariposa,  
que de volar no para á su alrededor,  
y á quien un rayo de oro reluciente  
del sol poniente  
la mima y acaricia con amor.

Mas la rosa ¿á quién ama? ¿Por quién arde?  
Quisiera yo saberlo: ¿es por ventura  
al ruiseñor que canta en la espesura  
ó al astro silencioso de la tarde?

Ignoro, pues, á quién ama la rosa;  
pero yo os amo á todos con ardor,  
rosa, rayo de oro, mariposa,  
estrella de la tarde y ruiseñor.

## IX.

Resuenan todos los árboles  
y en todos los nidos cantan:  
¿qué maestro es quien dirige  
la orquesta de la enramada?

¿Es la canosa avefria  
de pluma gris, que en su rama  
está guiñando los ojos  
con ademan de importancia?

¿Es aquel ave pedante  
que, satisfecha y pagada,  
sin cesar se balancea  
y su eterno *cucú* canta?

¿Es la cigüeña, ese grave  
animal que con su pata  
produce rúido como  
si dirigiese la banda?

No, en mi corazón es donde  
aposentado se halla  
el maestro que dirige  
la orquesta de la enramada;  
llevar el compás le sienta  
y creo que Amor se llama.

## X.

«En el principio era el dulce  
ruiseñor y cantó el verbo:

¡*Psiquit!* ¡*Psiquit!* Y al sonido  
de sus canciones se abrieron  
la margarita y el césped  
y la violeta. En el pecho  
se dió un picotazo y sangre  
brotó encarnada, que un bello  
rosal produjo, al que canta  
su amor acendrado y tierno.

«A nosotros, pajarillos  
de este bosque, nos ha absuelto  
y redimido la sangre  
que vertió su herida; pero  
cuando el ave redentora  
no cante más su perpétuo  
amor á la rosa, entonces  
no hay remedio, nos perdemos  
los pajarillos del bosque,  
todos y aun el bosque entero.»

De este modo al gorrioncillo  
alecciona el gorrion viejo  
anidado sobre un roble.  
La hembra, que ocupa el puesto  
de honor, lanza sus *piu piu*  
de la narracion enmedio.  
Es muy mujer de su casa,  
buena mujer de gobierno,  
que hábilmente y sin enfado  
cobija, empolla sus huevos.

El gorrion, por su parte,  
queriendo sus pasatiempos  
aprovechar, les enseña  
la doctrina á sus hijuelos.

## XI.

La noche hermosa y templada  
de primavera ha hecho abrirse  
todas las flores, y como  
mi corazón se descuide,  
va á enamorarse de alguna;  
pero ¿qué flor es posible  
que me coja entre sus redes?  
Los ruseñores me dicen  
en sus discretos cantares  
que me guarde y desconfie  
de las violetas, tan tímidas,  
tan modestas, tan humildes...

## XII.

El mal se agrava; suenan las campanas  
y pierdo la razón, mas no es extraño:  
la primavera y dos hermosos ojos  
contra mi corazón han conspirado.

La primavera y dos hermosos ojos  
de nuevo me trasportan; pero alcanzo  
que en tal conspiración los ruseñores  
y las rosas están muy complicados.

## XIII.

¡Ah! yo quisiera llorar,  
llorar lágrimas de amor,

lágrimas llenas al par  
de delicia y de dolor;  
mas no lo podré lograr.

¡Ah! el deleite y la amargura,  
la miseria y la dulzura  
del amor ¡dulce tormento!  
deslizarse en mi alma siento,  
cuya dolencia áun le dura.

## XIV.

Entre la yerba mira  
la primavera  
con sus ojos azules:  
son las violetas,  
que para un ramo  
he cogido en el bosque  
por donde vago.

Las cojo; pienso, y todos  
los pensamientos  
que viven y suspiran  
dentro mi pecho,  
todos los canta  
el ruseñor posado  
sobre las ramas.

Todo lo dice en notas  
sonoras, graves,  
que á lo léjos resuenan  
por todo el aire.

¡Así conoce  
mi secreto más tierno  
ya todo el bosque!

## XV.

Cuando cerca de mí pasas,  
apénas tan solo siento  
que me roza tu vestido,  
brinca de gozo mi pecho  
y sobre tu hermosa huella  
se precipita frenético;  
mas cuando vuelves la cara  
y me miras con tus bellos  
ojos, tanto se amedrenta  
que apénas seguirte puedo.

## XVI.

La esbelta flor acuática se mece  
en el lago con dulce balanceo,  
y el astro de la noche la saluda  
de languidez temblando y de deseo.

Confusa entónces la cabeza inclina  
hacia las ondas, donde ve al instante  
á sus piés reflejado el rostro pálido,  
descolorido, de su pobre amante.

## XVII.

Si tienes buena vista  
y miras mis canciones,  
verás que en todas ellas se pasea  
vagando acá y allá una linda jóven.

Si tienes oído fino,  
fácilmente la oyes,  
y sus suspiros, su cantar, su risa  
tu corazón harán que se trastorne.

De su voz con el timbre  
y con los resplandores  
de su mirada, como yo turbado,  
irás soñando errante por el bosque.

## XVIII.

¡Quién te mueve á que te azores  
errante de esa manera  
las noches de primavera?  
Has vuelto locas las flores.

Hállanse las margaritas  
despavoridas, las rosas  
turbadas y ruborosas,  
las flores de lis marchitas.

¡Oh luna! ¡Qué mogigata  
casta de flores! Razon  
tienen: una indiscrecion  
he cometido insensata.

Mas ¿pudiera yo, no obstante,  
saber que escuchaban ellas  
cuando hablaba á las estrellas  
con la embriaguez del amante?

## XIX.

Cuando tus ojos azules  
me miran con embeleso,  
tan sonámbulo me dejan  
que ni siquiera hablar puedo.

Cuando en tus azules ojos  
pensando estoy, un océano  
de pensamientos azules  
inunda todo mi pecho.

## XX.

Otra vez bajo el yugo  
está mi corazón recalcitrante;  
todo su antiguo enojo  
se disolvió al instante:  
una vez más mi pecho se restaura  
de Mayo con el áura  
y en él revive el fuego del amante.

Todavía paseo  
tarde y mañana por las calles de árboles  
más concurridas, y debajo cada  
sombbrero que allí veo  
de paja, encontrar creo  
el rostro de mi amada.

Otra vez á la orilla de las ondas,  
otra vez me detengo sobre el puente...  
pensando si por él, como otros días,  
su coche pasará rápidamente  
y hallarán sus miradas á las mias.

Otra vez oigo sanas advertencias  
de la cascada en el murmullo blando  
y mi pecho comprende lo que dicen  
las blancas ondas. Otra vez soñando  
me he perdido en las sendas que se cruzan,  
y otra vez con descoco  
los pájaros se mofan  
en los zarzales del amante loco.

## XXI.

La rosa embalsama el aire;  
pero si la rosa huele  
los aromas que despide,  
si el ruiseñor mismo siente  
lo que agita nuestra alma  
en los sollozos perennes  
de sus canciones, lo ignoro;  
mas la verdad entristece  
con frecuencia, y aunque rosa  
y ruiseñor emitieren  
sentimientos que no abrigan,  
tan engañadora especie  
fuera, como en muchos casos,  
digna de que se aproveche.

## XXII.

Por lo mismo que te amo,  
tu presencia huyo de suerte  
que me privo hasta de verte;  
pero no te enfades, no:  
esa tu cara tan bella,  
tan serena, ¿cómo habria  
de armonizar con la mía  
tan afligida de amor?

Por lo mismo que te amo,  
tambien está mi semblante  
bastante flaco, bastante  
descolorido... y al fin  
tú misma terminarías  
por encontrarme hasta feo:  
no te irrites si deseo,  
por consiguiente, huir de tí.

## XXIII.

Errante voy por medio de las flores  
y con ellas dilátome yo mismo;  
errante voy con tal sonambulismo  
que vacila mi paso acá y allá.

¡Oh! dame tu sosten; de lo contrario  
la embriaguez de mi amor me lanzaría  
de repente á tus piés, amada mía,  
cuando el jardín de gente lleno está.

## XXIV.

Como tiembla la imágen  
de la luna en las olas  
impetuosas, mientras  
sereno se remonta  
el astro por la altura  
de la celeste bóveda,  
así marchas tranquila,  
serena, amada hermosa;  
pero tu imágen tiembla  
de mi pecho en las olas  
que con tanto ó más impetu  
se agitan y zozobran.

## XXV.

Una Santa Alianza  
mi corazon y el tuyo concluyeron,  
y apretados el uno contra el otro,  
se comprendian de comun acuerdo.

Sólamente ¡ay! la rosa,  
esa pobre aliada que tu pecho  
adornaba, salió casi aplastada  
de tan cordial inteligencia en medio (1).

(1) No cabe pensamiento más poético, más delicado, sin que  
deje de aludir con una sola palabra á las consecuencias, bas-  
tantes veces funestas, de las alianzas internacionales.

## XXVI.

Dime: ¿quién ha inventado los relojes,  
la division del tiempo y los minutos?

Era un hombre sombrío:  
toda una noche del invierno frío  
se pasaba sentado meditando  
y el trotecillo familiar contando  
de los ratones y el rumor monótono  
del gusano que rõe la madera  
de acompasada y especial manera.

Dime: ¿quién ha inventado el primer beso?  
Era una boca por completo ardiente  
de dicha y de ventura, que estampaba  
sin pensar más que en eso  
los dulces besos que el amor brindaba,  
Era en el mes de Mayo sonriente,  
cuando las flores del jardín nacian,  
el ruiseñor cantaba  
y los rayos del sol resplandecian (1).

(1) El que inventó los relojes, esa inteligencia fría y positiva, y el que inventó los besos, esa boca ardiente de voluptuosidad, tienen en esta poesía una relación y un contraste. El contraste es por demás notorio; la relación, á nuestro modo de ver, consiste en que el deleite del beso está siempre, no obstante, limitado por el curso inflexible de las horas y los minutos. Nada escribe el poeta sin que tenga su correspondiente fondo filosófico, ó sea que, estudiando al escritor prusiano, descubrimos sutilezas en que acaso el mismo autor no se detuvo.

## XXVII.

¡Cómo embalsaman los claveles! ¡Cómo  
en medio un cielo de color violeta  
las estrellas, enjambre de doradas  
abejas, centellean!

De los castaños en la sombra luce  
la villa hermosa y blanca; oigo la puerta  
de cristales crujir, oigo el murmurio  
de la voz más angélica.

¡Tiernos abrazos! ¡Gratas emociones!  
¡Sensaciones de amor y encanto llenas!  
Y cantan ruiseñores, y en acecho  
están las rosas nuevas.

## XXVIII.

¿No soñaba yo otras veces  
la misma dicha? ¿No fueron  
las mismas flores, los mismos  
árboles, los mismos besos  
y miradas? ¿No pasaba  
así la luna por medio  
de las hojas que ofrecian  
á nuestro cariño techo?  
¿No hacian dioses de mármol,  
lo mismo que hoy, en el suelo  
una guardia silenciosa?...

¡Ay! sé bastante cuán presto  
 cambian estos seductores  
 y por demás gratos sueños:  
 sé muy bien cuál se marchitan  
 las flores, cómo el invierno  
 á los árboles rodea  
 de un manto de nieve espeso,  
 y cómo también nosotros  
 á enfriarnos llegaremos  
 y á ausentarnos y olvidarnos,  
 nosotros que tan inmenso  
 amor tenemos ahora  
 y que de modo tan tierno  
 un corazón contra el otro  
 nos estrechamos frenéticos.

## XXVIII (1).

Los dulces besos á la sombra hurtados  
 y á la sombra devueltos ¡cómo llenan  
 de embriaguez y de dicha el alma amante!  
 Mécidas por recuerdos que enagenan  
 y por presentimientos aún más gratos,  
 también en ese instante  
 nuestras almas dichosas  
 piensan del porvenir en muchas cosas.

(1) En el texto que ha servido de base á nuestro trabajo aparecen con el mismo número de orden (XXVIII) esta poesía y también la precedente. No hemos creído oportuno rectificar la errata por no alterar la numeración de todas las que siguen.

Pero mucho pensar en esa hora  
 en que se está abrazado con anhelo,  
 es enojoso; alma querida, llora  
 más bien y busca en tu llorar consuelo.

## XXIX.

Un rey anciano había;  
 su corazón estaba ya extenuado,  
 su pelo gris, pero con una joven  
 uniósese en matrimonio el rey anciano.

Había un bello paje  
 de pelo rubio, de carácter vario,  
 el cual llevaba á la consorte régia  
 la cola de su traje de brocado.

¿Sabes el cuento antiguo?  
 ¡Es á la vez tan dulce y tan amargo  
 su recuerdo!... Los dos morir debieron:  
 se amaban los dos mucho, demasiado.

## XXX.

Las imágenes que el tiempo  
 completamente extinguió  
 florecen de nuevo ahora  
 dentro de mi corazón...  
 ¿Por qué el alma se me agita?  
 ¿Qué es lo que hay en tu voz?

¡No me digas que me amas!  
Sé que todo bajo el sol,  
cuanto hay más bello en la tierra,  
la primavera, el amor,  
todo miserablemente  
morirá sin excepcion.

¡No me digas que me amas!  
¡Oh! no me lo digas, no;  
abrázame sólo y cállate,  
calle del todo tu voz  
y sonríe, si mañana  
traigo á tu contemplacion  
este manojo de rosas  
marchitas y sin olor.

## XXXI.

Con la luz de la luna ébrias las flores  
del tilo en torno su perfume esparcen,  
y de los ruiseñores con el canto  
retumba todo el bosque, todo el aire.

—«¡Qué dulce, amado mio,  
bajo el tilo sentarse  
cuando la luna rompe  
su protector follaje!  
Repara en esta hoja:  
su forma es semejante  
á un corazon; por eso  
entre todos los árboles  
la preferencia al tilo

conceden los amantes,  
y á su sombra la tierna  
conversacion les place.  
Pero tú te sonríes  
como absorto en distantes  
sueños. ¡Oh amado mio!  
Habla, pues, dime: ¿cuáles  
son los nuevos deseos  
que en tu corazon nacen?»

—«¡Ah! Con placer te lo diré, mi amada:  
quisiera que del Norte nos mandase  
blanca nevada un viento seco y frio,  
y que, envueltos con pieles, á los valles  
y á los rios helados, en trineos  
de diversos colores nos llevasen,  
de alegres cascabeles al ruido  
y al crugir de los látigos sonantes (1).

## XXXII.

Esta noche en el bosque, al resplandor  
de la luna, los elfos ví pasar;  
oí sus campanillas resonar,  
oí de sus trompetas el clamor.

(1) Aquí el poeta, que tanto estima la templanza del Mediodía, se muestra inconsecuente deseando una blanca nevada, los rios helados, el abrigo de las pieles y la carrera en trineo. No deja de ser un rasgo de caprichoso ingenio.

Sobre corceles blancos que llevaban  
cornamentas de oro en la cabeza,  
los elfos cabalgaban,  
y los aires hendian  
con tanta ligereza  
que un tropel ahuyentado  
de selváticos cisnes parecian.

Noté en la reina, que pasó á galope,  
una sonrisa y cierto movimiento:  
y sonrió de esta suerte  
porque me vió de nuevo enamorado,  
ó fué un presentimiento,  
algun augurio présago de muerte?

## XXXIII.

Por la mañana te envió  
las violetas que en el bosque  
he encontrado desde el alba,  
y te traigo por la noche  
todas las rosas que cojo  
cuando el sol ya se traspone.

¿Sabes tú lo que pudieran  
decirte esas bellas flores  
en su lenguaje simbólico?  
«Séme fiel desde que asome  
el alba en el cielo y ámame  
durante todas las noches.»

## XXXIV.

Tu carta no me da inmensa  
inquietud ni es alarmante:  
ya no me quieres; no obstante  
es tu carta bien extensa.

¡Doce páginas y todo  
con letra hermosa y metida!  
Para dar la despedida  
no se escribe de ese modo.

## XXXV.

No temas que yo descubra  
mi amor delante la gente  
aunque mi lábio, á propósito  
de tu hermosura, se extreme  
en retóricas figuras  
ó en amorosos hipérboles.  
Este abrasador secreto  
está cuidadosamente  
escondido bajo un bosque  
de flores. Si algunas veces  
brotan chispas sospechosas,  
no temas nada: la gente  
de nuestro tiempo en las llamas  
verdaderas nunca cree  
y tomará todo esto  
por poesía, como suele.

## XXXVI.

Esos rumores de que llena el día  
 la primavera, llenan  
 también mis noches y hasta en sueños sueñan  
 á mi oído sus ecos, su armonía:  
 sólo que entonces, como en tierra de hadas,  
 es más dulce y gracioso  
 el canto de las aves,  
 los aires más suaves,  
 y más ardiente y más voluptuoso  
 de las violetas el aroma; brillan  
 las rosas aun más bellas  
 y llevan glorias de oro como aquellas  
 cabezas de angelitos que en los cuadros  
 de iglesia pintan. Créome ser entonces  
 un ruiseñor y canto mis amores  
 á esas orladas rosas,  
 soñando melodías prodigiosas,  
 hasta que ya del sol los resplandores,  
 ya el cantar de esos otros ruiseñores  
 que murmuran enfrente á mi ventana,  
 me despiertan, en fin, por la mañana.

## XXXVII.

Poco á poco, muy calladas,  
 por la bóveda celeste  
 con sus piecitos de oro  
 marchan las estrellas; temen

que se despierte la tierra,  
 la cual pacífica duerme  
 en el seno de la noche.  
 Allá escuchando aparecen  
 los bosques, y cada hoja  
 no es más que una oreja verde,  
 y el monte su largo brazo  
 de sombra soñando extiende;  
 pero ¿quién llama? Los ecos  
 de estos acentos con fuerte  
 emoción han retumbado  
 de mi pecho en las paredes.  
 ¿Era la voz de mi amada  
 ó el ruiseñor solamente?

## XXXVIII.

La primavera está grave, severa,  
 hay tristeza en sus sueños: cada flor  
 parece penetrada de dolor;  
 de un sello melancólico está impreso  
 el suave cantar del ruiseñor...  
 ¡Oh! no sonrías, no, de esa manera,  
 mi amada; más bien llora: con un beso  
 enjugarte una lágrima quisiera.

## XXXIX.

¡Es necesario! ya debo arrancarme  
 del corazón que adoro tiernamente;  
 ya, pues, debo arrancarme: ¡si supieras  
 cuánto sufro al partir, cuánto me duele!

Por el puente va el coche; abajo el río  
lóbrego y mustio á su pesar se mueve  
y una vez más le doy mi despedida  
al corazón que adoro tiernamente.

Las estrellas desfilan en el cielo  
como si todas mi dolor huyesen.  
Adios ¡oh amada mía! dentro el alma,  
do quiera que yo esté, tú estarás siempre.

## XL.

Nuestros deseos florecen  
y se marchitan despues,  
florecen de nuevo y tornan  
á marchitarse otra vez:  
lo mismo le pasa á todo  
en este mundo. Yo sé  
muy bien esto, en menoscabo  
de mi amor y mi placer.  
Tiene tal inteligencia  
mi corazón, es también  
tan experto, que echa sangre  
por dentro á más no poder.

## XLI.

Es el aspecto del cielo  
como el rostro de un anciano,  
con escasa cabellera  
de grises nubes flotando

sobre su redonda frente,  
y un ojo sólo encarnado.

Baja su vista siniestra  
hacia la tierra; aquí abajo  
se secan hojas y flores,  
y el amor, los tiernos cantos  
deben también marchitarse  
en el corazón humano (1).

## XLII.

Taciturno, sombrío,  
el corazón helado,  
recorro el mundo igual de triste y frío:  
otoño ha terminado,  
y todos los paisajes, medio muertos,  
aparecen cubiertos  
con húmedo crespon de espesa niebla.  
Silban los vientos, azotando á un lado  
y á otro aquellas hojas  
amarillas y rojas  
que desprenden los árboles: el bosque  
lanza un gemido leve;  
de un vapor humeante la neblina  
se cubre y, lo peor de todo, llueve.

(1) La comparación del aspecto del cielo con el rostro de un anciano á quien no le queda más que un ojo, enfermo acaso de oftalmía, y con escasa cabellera cana como las grises nubes de la tarde, está llena de extravagancia; pero también de verdad pictórica. En las puestas del sol de la terminación del estío se ve el cielo muchas veces de ese modo extraordinario, tan peregrinamente pintado por el poeta.

## XLIII.

Las nieblas del fin de otoño,  
como fantasmas glaciales,  
van cayendo lentamente  
sobre el llano y sobre el valle.

La tempestad se apresura  
á deshojar á los árboles,  
que, á la manera de espectros,  
desnudos y calvos yacen.

Un árbol sólo, uno sólo,  
silencioso, triste y grave,  
permanece sin embargo  
cubierto con su follage;  
y humedecido con lágrimas  
de dolor que en torno esparce,  
de vez en cuando sacude  
su cabeza áun verdéante...

Mi corazón se asemeja  
á este desierto paisaje,  
y ese árbol hoy tan verde  
como en Mayo, es vuestra imágen,  
señora, imágen de vuestra  
hermosura inalterable (1).

(1) Esta es una verdadera poesía de *álbum*, galante, delicada, con toda elegancia del estilo parisiense. Ya no es la amada á quien se tutea: la señora á quien se rinde culto es á quien el autor dedica esta preciosa y breve alegoría.

## XLIV.

¡Un cielo gris y ordinario!  
La ciudad siempre la misma;  
siempre en el Elba, tan flojo  
y tan torcido, se mira.

¡Largas narices que suenan  
de la manera aburrída  
y estrepitosa de siempre  
y que hácia abajo se inclinan  
con devoción falsa é hipócrita,  
ó con presunción se hinchan!...

¡Cuánto adoro vuestro cielo,  
comarcas del Mediodía,  
cuánto adoro vuestro hermoso  
cielo y vuestras hermosísimas  
deidades, al ver de nuevo  
la ciudad siempre la misma,  
y estos hombres insufribles  
y tan insufrible clima!